MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

AMOR Y MUERTE



AMOR Y MUERTE



Manuel Gutierrez Najera



Manuel gutiérrez nájera

Amor y muerte



Manuel Gutiérrez Nájera

Nació en Ciudad de México, el 22 de diciembre de 1859. Fue médico cirujano y poeta.

Cultivó diversos géneros literarios en prosa y en verso, y profetizó en su estética y en su obra a la primera generación modernista, pero se le reconoce en su país como uno de los poetas románticos más representativos. Desarrolló en su poesía una postura parnasianista, simbolista y modernista; al publicar su obra fue reconocido por Rubén Darío, a quien conocería un año antes de su muerte. Publicó las colecciones de relatos breves *Cuentos frágiles* (1883) y *Cuentos de color de humo* (1894), siendo esta su última publicación con la que sería elogiado. Tras su muerte se recopilan su obra lírica que sería publicada bajo el nombre de *Poesías* (1896).

Falleció en Chile, el 3 de febrero de 1895.

Amor y muerte
Manuel Gutiérrez Nájera

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Christopher Zecevich Arriaga
Subgerente de Educación

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

María Celeste del Rocío Asurza Matos
Jefa del programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: José Miguel Juárez Zevallos
Selección de textos: Jerson Lenny Cervantes Leon
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa Lima Lee, apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

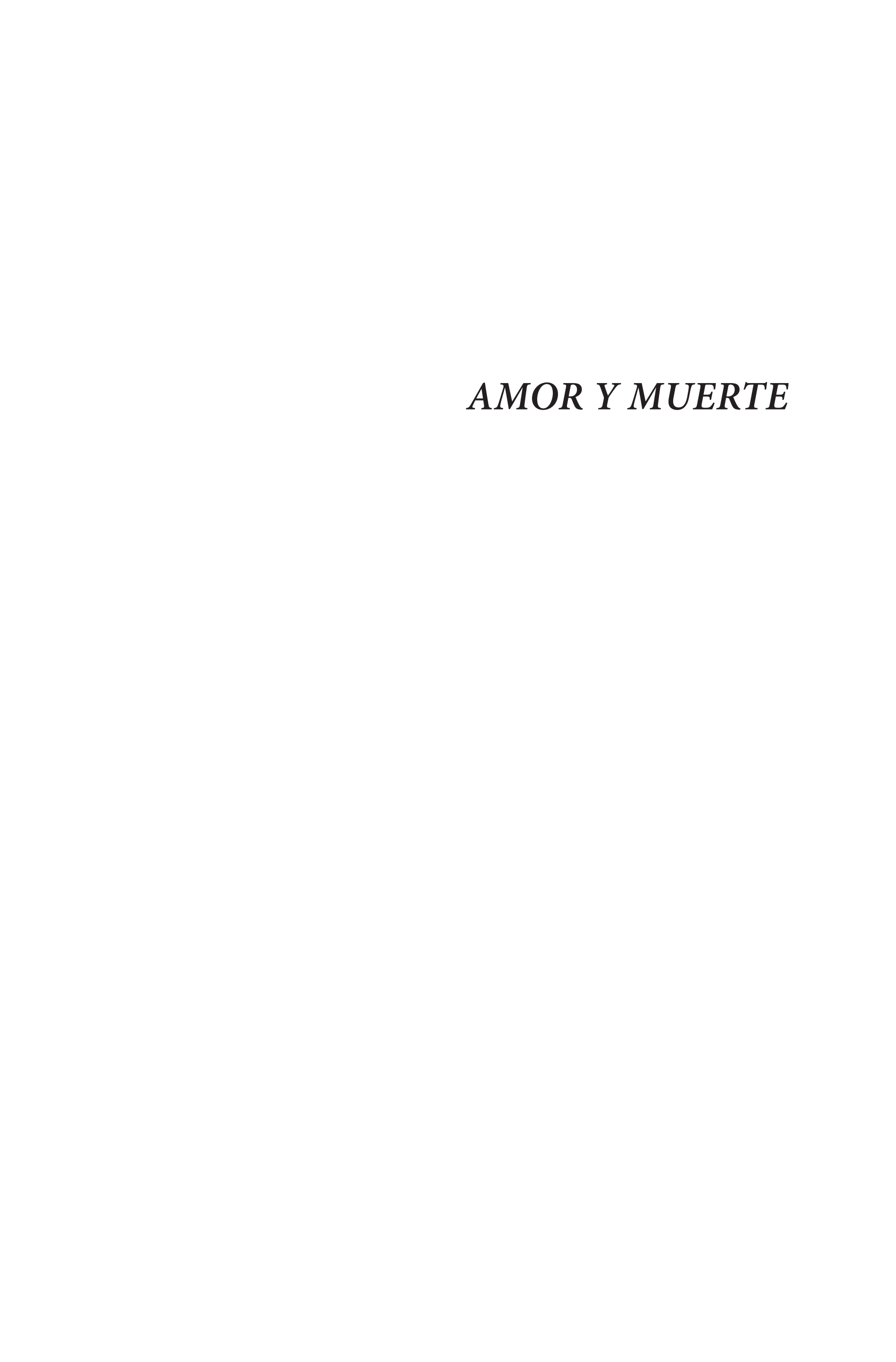
La pandemia del denominado COVID-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección Lima Lee, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa Lima Lee de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima



AMOR Y MUERTE

El rey solitario

(Théophile Gautier)

Enclaustrado en mi espíritu profundo,
sin nada humano, ni amistad ni amores,
mis únicos iguales en el mundo
duermen en el panteón de mis mayores.

Quien dijo soledad dijo grandeza:
cual ídolo de aspecto sobrehumano,
la púrpura conservo con fiereza
y encierra al mundo el hueco de mi mano.

Tengo, también, el círculo de espinas:
del nimbo sideral los rayos de oro,
me ponen, como agudas javelinas,
una perla de sangre en cada poro.

El heráldico buitre, con encono
clavado siempre a mis entrañas veo:
en su roca el antiguo Prometeo
era un rey nada más sobre su trono.

Mi Olimpo, de misterio rodeado
nada más repercute adulaciones
que a la cumbre en que estoy, solo ha llegado
el constante reír de los histriones.

Cuando a veces mi pueblo escarnecido,
choca sus hierros y se apiña en masa,
«dormid, señor», me dicen al oído,
vino la tempestad, pero ya pasa.

Todo lo puedo: nada me convida.
¡Si pudiera sentir algún deseo,
el calor amoroso de la vida,
el fuego de las dichas que entreveo!

Pero el monte más alto es el más frío;
el sol camina solo, y no se atreve
ni a derretir en el volcán la nieve,
ni a matar en los reyes el hastío.

Pilar belaval

I

A Antonio Muñoz

¡Qué triste es la noche!
¡Qué negro está el cielo!
Cual ruge en el alma
La voz del recuerdo.
¡Qué triste la alcoba!
¡Qué triste el silencio,
Que apenas si turba!
¡Monótono rezo!
Tendida, tendida,
Cual lirio, en su lecho,
Sus pálidas manos
Cruzadas, cubierto
Por sombras de muerte
Su rostro tan bello;
Cerrados sus ojos

Que miran al cielo,
Su boca entreabierta
Y aún sonriendo.
Las flámulas rojas
En torno del lecho,
Su rostro alumbrando
Con tenue reflejo,
La noche muy negra
Y en alas del eco
La voz de la esquila
Doblando a lo lejos.
En calles y plazas
La vida rugiendo.
La calma, la muerte
En este aposento.

II

Y en medio a la sombra
Y en medio al silencio,
En llanto anegado,
De pie na muriendo,
El mísero esposo
De pie junto al lecho.
¡Qué cuadro tan triste!
¡Qué triste recuerdo!

*

Tal dijo el esposo
Muy quedo, muy quedo:
—Te fuiste, mi alondra,
Volaste al cielo,
Que es vida muy corta
La vida del genio;
Te fuiste, y solo
Sin alma me quedo,
Como árbol naciente
Que seca el invierno.

Ya ves, te quería
Mi vida, te quiero
Con toda mi alma,
Con todo mi aliento.
Sin ti ¿qué me resta?
Sin ti, nada espero,
La muerte tan solo
Con ansia deseo.
¡Ay, tórtola casta!
¡Ay, lirio entreabierto!
¿Por qué tus hogares
Dejaste desiertos?
¿No ves cómo inclinan
Las flores del huerto
Su lánguido tallo
Marchito ya y seco?
¿No ves cómo lloro?

III

¿No ves cómo peno?
¿Por qué me dejaste,
Sin alma, sufriendo?
Si duermes, despierta,
Despierta del sueño;
Mas ¡ay! en mis brazos
Amante te estrecho
Y nada respondes,
Y sigues durmiendo.

*

Calló, y a la alcoba
Volviendo el silencio
Ya no se escucharon
Sollozos ni rezos;
Y en medio a la sombra
Tan sólo se oyeron
De fúnebres cirios
Los chisporroteos;
Y allá en lontananza,

Muy lejos, muy lejos,
La voz de la esquila
Llorando a los muertos.

*

Allí está tendida,
Tendida en su lecho;
Allí destrenzado
Su negro cabello;
¡Callad, no despierte!
¡Dejadla en su sueño!
¿Que ha muerto? ¡Mentira!
¡No mueren los genios!

Del tambor el ra-taplán

¡Del tambor el ra-taplán!
¡Ya aproximándose van!
¡Tambor y clarín resuenen!
¡Cual esperanza entretienen!
¡Cómo en corazón abrazan!
Estas músicas que pasan,
¡Qué alegres son cuando vienen!

Los moscos

Hizo Dios al león, al tigre hosco,
Y a la hiena voraz: el diablo, al mosco!

Y Arihman, encarándose blasfemo
Con el creador supremo,
Murmuró estas palabras: —¡«Tu obra admiro!
Tú creaste la garra, araña horrible
El encorvado pico, el diente agudo,
El pulpo, mareando en lo invisible,
La hiena: boca. La culebra: nudo.
El rojo tigre, un Hércules de Angola,
El colmillo, el tentáculo, la uña;
Ese Bismarck del tiburón, la cola;
Y ese dos de diciembre, ¡la pezuña!»

«Pero tu obra es la maldad infolio
El elefante es casi un capitolio;
La trompa es una encina que se mueve;
El oso blanco, un Ararath de nieve
Los búfalos, los toros, los chacales
Y el mariscal *Von Moltke* son iguales;

Todo eso es rudo, material y tosco,
Yo ni garras ni dientes necesito,
Tomo una sola gota de infinito
Le infundo mi maldad, y te hago ¡el mosco!»

¿Qué es el mosco en verdad? ¡Es lo invisible
Lo formidable, lo brutal, lo innúmero;
El león tiene la garra, araña horrible!;
Pero el mosco le vence, tiene el número!
En la atmósfera azul se multiplica;
Es un átomo de aire que nos pica;
No sabemos si es rojo, negro o verde,
Es una idea de *Veuillot* que muerde
Le matamos y a poco resucita,
Se oculta, porque el mosco es un jesuita,
Pero luego zumbando se revela:
Es un microbio prófugo que vuela.
¡Obsesión!, ¡*ananké*! Lo interminable
Zumbando eternamente en lo insondable!
¡Ser bebido!, ¡oh terror! ser como fuente
En que el mosco voraz su sed abreva
¡Y sentir que la sangre se nos lleva
Y que es vuestro pariente!

¿Qué congoja, qué angustia habrá más honda
Para el poeta que sentirse fonda?

No hay moscos en el cielo, el mal impera
En la proscrita humanidad sombría;
No hay moscos más allá, si los hubiera
¡Júpiter inmortal se rascaría!

Ya no oprimen las cadenas

Ya no oprimen las cadenas
A los héroes mexicanos,
Ni estandartes castellanos
Tremolan en las almenas;
Un pueblo libre, de hermanos
Es mi patria vencedora;
Nadie gime, nadie llora
Bajo tiránicas leyes,
Ni altiva manda virreyes
La España conquistadora.

El ceñudo encomendero
A los esclavos no azota,
Ni tras la coraza rota
Sangra el pecho del guerrero;
Descansa el bélico acero
En la tranquila heredad,
Y los campos, la ciudad,
Son como el ara divina,
Que esplendoroso ilumina
El sol de la libertad.

¡Ni rencores al pasado
Ni temores al futuro!
México libre y seguro
Toda ofensa ha perdonado;
Podrá un invasor osado
Querer su cuello oprimir,
Pero si llega a venir,
Patria, no te han de faltar
Hombres que sepan luchar,
¡Niños que sepan morir!

Cuando de la guerra en nombre
Venga el invasor sañudo,
Cada pecho será escudo,
Cada niño será un hombre.
Ni hay poder que nos asombre,
Ni ánimo que desespere;
¡Hiere, si te place, hiere;
Diremos al invasor,
Que en defensa de su honor
Todo mexicano muere!

¡Toma, patria, nuestras vidas!
Te las damos cuando empiezan,

Cuando aún por ellas rezan
Nuestras madres tan queridas;
Si por niños nos olvidas,
Quisiéramos avanzar
Nuestro paso en el vivir,
No para saber morir,
Sí, para saber matar.

Vuestra grandeza imitamos,
Héroes de la patria historia:
Indignos de vuestra gloria
No seremos ¡lo juramos!
Si hoy apenas nos hallamos
De la vida en los albures,
Imitando vuestros hechos
Defenderán nuestros pechos
¡La bandera de Dolores!

Con un ramo de flores

Por qué vuela tu alegría
y así con tus dudas hieres
a quien tanto en ti confía.
¡Por qué lloras, vida mía!
¿Por qué lloras, no me quieres?

No sabes tú mi ventura
que siempre a tu lado voy
y en las horas de amargura
no oyes mi voz que murmura
—¡Nada temas! ¡Aquí estoy!

Pueden los cielos querer
que el hielo polar se inflame,
pueden los astros caer...
pero nadie puede hacer
mi ¡CECILIA que no te ame!

¡No estés triste! ¡Yo te adoro!
Ya la dicha va a llegar...
Seca pues tu amargo lloro...

¡Qué sabe amor, mi Tesoro!
¿Si no sabe consolar?

Virgencita enamorada
la de la esbelta cintura
y garganta torneada,
en qué lengua no escuchada
¿Podrá hablarte mi ternura?

¿En qué idioma, mi paloma,
diré lo que siento en mí
cuando respiro tu aroma?
¡Mi paloma, no hay idioma
que sea digno para ti!

Como el diamante, mi amor
vive mudo y escondido
falto aún de tu calor;
que si canta el ruiseñor
es porque tiene su nido.

Mas deja que surja el día
que en tierna inquietud espero
que sea tuyo, que seas mía,
y ya verás, mi alegría,
¡ya verás cuánto te quiero!

La casa de vecindad

Prólogo
Cualesquiera de vosotros,
Amados míos, que escucháis,
Sabe qué son y conoce
Las casas de vecindad:
Mas no lo sabe, presumo
En verso, y distancia va
Del lenguaje acompasado
Al común modo de hablar,
Para esto de describir
O si se quiere pintar
Las cosas, y yo que soy
Un «sí es» no es original,
Voy a daros en renglones
Medidos con el compás
Del oído, que alguien llamara
Metrónomo auricular,
Un croquis *d'après nature*
De una casa comunal.

Empiezo, pues, implorando
Indulgencia o caridad,

Pues, pintor de brocha gorda
Y habiendo de emborronar
De prisa; solo Dios sabe
Cómo la labor saldrá.

Al chapucero pincel
Ayude vuestra bondad,
Y mi ingénita sosera
Sazónela vuestra sal.

Hecho este pacto, al asunto,
Después gloria y aquí paz.

Quería echarme de rondón
Al meollo o a la sustancia;
Pero es cosa de importancia
Ponernos en situación.

I

A un zaguán desvencijado,
Altísimo y muy estrecho,
Sigue un callejón derecho,
Tísico, oscuro, enlodado.

Es largo, porque sostiene
Casa principal encima,
Y angosto porque escatima
Al dueño el caudal que tiene.

Del techo pende en la altura
Farol acerbatanado,
Que es de un pábilo encebado
Vaina, saco o sepultura;

Y en el que en formas extrañas,
De los vidrios del redor
Duplican el espesor
Las telas de las arañas:

Farol que su nombre miente,
Que es su luz otra mentira

Y que si de día se mira
De noche apenas se siente.

En la pared una mano,
Y con otra en la nariz,
Suele el transeúnte infeliz
Atravesar salvo y sano

A una plazuela raquítica,
Patio, excorral reformado,
Cuyo ascenso le fue dado
Por la reforma política;

Y que con el pozo y fuente,
Y caños y lavaderos,
Corrales y gallineros,
Da apenas paso a la gente.

En rededor los aposentos
Se encuentran altos y bajos;
Y... aquí empiezan mis trabajos:
Oyentes, estén atentos.

II

Una viuda de alguno, pensionada,
Que fue, según pregona,
Encumbrada persona,
Con un loro, un faldero, una criada
Y una mona también, su vida pasa
En la mejor vivienda de la casa.

De la viuda frontero
Se aloja una modista,
Literata además, y guapa y lista,
Que vive de la aguja y el tintero,
Pues que por precio módico,
Con sin igual presteza,
Entalla trajes, gorros adereza,
Y escribe diariamente en un periódico.

Debajo de la ex... (Debajo dije
Porque la situación así lo exige
De las habitaciones)
Un poeta de altivas pretensiones,
Un genio incomprendido,
Por lo mucho que vale desvalido,

En mísero cuartucho,
Que llamaría mejor cuarto cartucho,
Flaco como un alambre
Vive... ¡Suerte fatal!, muerto de hambre.

Y para mayor pena... ¡pobre mozo!
¡Sarcasmos de este mundo! con él frisa
Verdulera prosaica que da gozo,
Rebosando salud, contento y risa:
Con tamaños carrillos
Y cuatro o seis chiquillos
De quienes es el padre un hombre honrado,
Zapatero de viejo acreditado.
¡Matrimonio ejemplar, aunque modesto,
Si los hay, salvo yerro por supuesto!

Pues con los personajes mencionados,
Una beata de fecha perdurable,
Dos ex tenientes, cuatro jubilados
Y la portera, pieza indispensable
De casa comunal, daremos punto,
Que ya bastantes son según barrunto,
Y advierto en mi auditorio (con franqueza)
Que solo por lo amable no bosteza.

III

Es una preciosa noche,
Y los más de los vecinos
En desahogos diferentes
Se encuentran entretenidos.

La viuda está de tertulia
Y así se ocupa en su aliño.
Al puf aumentó seis pliegues;
Se enjarró el frontispicio;
Colocó su polizón
En el puesto consabido;

La penuria del cabello
Encubrió con los postizos;
Y apelando de la criada
Al imprescindible auxilio,
Trepóla en una escalera
Para poner en el piso
Principal de su peinado
El jardín y el sombrerito.

La literata se asoma
Al corredor con un libro,

Que ella sabrá de qué trata,
Y que le da ciertos visos
De estudiosa, autorizando
La hora que es el que en olvido
Dejase allá en la almohadilla
A medio hacer un corpiño.

El romántico que ha tiempo
Acaricia y ve solícito
El proyecto de asociarse
Al artista, atento y listo
Hace centinela enfrente,
Dando tan largos suspiros
Y exhalando tales ayes
Que parte el alma el oírlo.

En tanto la verdulera
Disputa con su marido;
La beata reza en voz alta,
Que parece que da gritos,
Y los tenientes y empleados
Del régimen extinguido,
Politiquean y reforman
La nación en un corrillo.

La portera regañando
Entra y sale y los chiquillos
Del matrimonio modelo,
Brincando como cabritos,
Se entrometen y no dejan
Nada ni nadie tranquilos.

IV

Poeta

Bella artista. Casta Diva,
Por quien deliro y trabajo:
¿Cuándo, grata y compasiva,
Haces de escalera arriba
Mi amor de escalera abajo?
Por ti vivo de los vientos,
Y me abrazo el corazón:
No eches tierra a mis lamentos.

La Artista

Me hacen mala digestión
Todos esos elementos.

Poeta

¿Te mofas de la miseria
Que es del genio patrimonio?

La Verdulera

Eres un jumento, Antonio.

El Zapatero

Y tú una bruja, Quiteria,

La Beata

Asechanzas del demonio...

Poeta

Mi talento a la ventura
Me elevará de Palacio...

La portera a los muchachos

¡No remuevan la basura!

La Artista

Pues cuando esté en esa altura
Hablaremos más despacio.

Poeta

¡Y tú romántica eres!
¿Y no me quieres por socio?
¡Poetisa...! ¿A un vate no quieres?

La Beata

Bendita entre las mujeres...

La portera a los muchachos

Cada cual a su negocio.

La Artista

Ser romántico y poetisa
No destruye el ser humano,
Y como y visto... esto es llano...
Y usted... no tiene camisa...

La portera a un mendigo

Perdone por Dios, hermano.

Un teniente

Sí, marchamos a un abismo.

Empleado

Hay cambio de ministerio.

Un teniente

Yo estoy por el comunismo.

La Artista

¿Qué me decía usted?

Poeta

Lo mismo.

La Beata

Muchacha, el otro misterio.

Un teniente

Hoy el congreso ha votado
Del código otra reforma.

La Artista

¿Qué dice usted? ¿Se conforma?

El Zapatero

A botín tan remendado
Ya no le ajusta la horma.

La Verdulera

La viuda está muy compuesta.

La Viuda a la criada

Avisa a D. Pantaleon
Que ya me tiene dispuesta.

Un Papelero

¡El Pajarito y la Orquesta!

Los Muchachos

Vecinos: ¡el carretón!

V

Al anuncio del vehículo
Todos los diálogos cesan
Y a sus cuartos los vecinos
Simultáneamente entran,
Quedando solo los chicos
En retozo y pelotera.
La viuda a su acompañante
Recibe muy halagüeña
Y se marcha a la tertulia
Dando envidia a la portera:
Yo, mientras pasa el nublado,
Me voy, señores, tras ella.

Para el álbum de una señorita, a petición suya

A una flor disecada

¡Pobre flor, marchita, seca
Hoy, fresca y lozana ayer!
Símbolo antes del placer,
Y ora emblema del dolor.
¡Pobre flor!
Mis ojos te contemplaron
Con placer sagrado, intenso:
Bajo tu poder inmenso
Mis penas se mitigaron;
Mas en mi mano el rigor
Vino a herirte de mi suerte,
Porque te diera la muerte
De mis penas el ardor.
¡Pobre flor!
Cuántas veces mi quebranto
¡Pobre flor! tú sola viste.
¡Cuántas veces recogiste
En tus hojitas mi llanto!
Húmedas con él ¡oh flor!

Su peso las inclinaba,
Como a mi ánima agobiada
El exceso del dolor...
¡Pobre flor!
¡Con cuánta fe te venero!
¡Con qué delicia suspiro,
Pensando cuando te miro
En el dueño por quien muero!...
Si pudo olvidar traidor
Su juramento de amarme:
¿Por qué no puedo arrancarme
Del alma su único amor?
¡Pobre flor!
Te miro y mis horas pasan
¡De sueño... es cierto!... ¡qué bellas!...
Olvida mi alma por ellas
Las de la verdad, que abrasan.
Y que siento me parece
En tan dichosos instantes,
Entre mis manos amantes
Su mano, que se estremece.
Veo a su boca sonreír,
Y a su seno palpitar:
Oigo y aun creo el ¡Te he de amar,
Vida mía, hasta morir!...

Y atribulado le veo
Caer a mis plantas de hinojos,
Y que saltan de sus ojos
Las centellas del deseo...

Y aun tiendo ¡necia! la mano
Que te tendí condolida
Cuando me llamó *mi vida*
Para matarme tirano.

¡Fantasma fascinador
Que no puedo echar de mí!
Y que torna en frenesí
Mi desatentado amor...
¡Pobre flor!

Tú fuiste prenda y testigo
De su amante juramento:
Hoy lo eres de mi tormento:
Ves que amo y no lo maldigo.

¡Loca de mí!... Sí, debiera
Odiarle... Mas ¡no!... ¡Mentira!...
Es amor el que me inspira...
¡No le odiaría, aunque pudiera!

Si acudió al fatal reclamo
De una sirena... ¡Demente!
A ella aborrezco, inocente,
Y a él, fementido, le amo.

¡Celos que así me tratáis!:
¿Por qué me tratáis así?
¡Ah! ¿Por qué dejáis en mí
El amor que me robáis?
Tú puedes darme valor,
Prenda de amor malogrado:
De mi corazón al lado
Ven a calmar mi dolor...
¡Pobre flor!
Un instante que ya tarda,
Vendrá al fin, en que la muerte,
Más que la desgracia, fuerte,
Vendrá a herir a quien la aguarda.
Entonces, flor, te tendré
Sobre mi seno prendida,
Que una ha de ser nuestra vida
Cual nuestro destino fue;
Y como no se comprenda
Que eras mi único consuelo,
Te arrojará por el suelo
La mano que te desprenda.
¡Y no poderte vengar!...
Y no poderles decir
«¡Fue mi delicia morir

Con los que saben amar!»
Perdona ¡oh flor! mas espera
Al zéfiro que piadoso
Ha de impulsarte gozoso
Hacia la estrellada esfera.
¿Dónde irás?... No lo adivino...
¿Dónde iré yo?... Lo ignoramos...
¡Pobre flor!... Las dos bogamos
En la barca del destino.
    Vuelen tus hojas pajizas
Por los aires ¡pobre flor!...
¡Quiera el ángel del amor
Mezclarlas con mis cenizas!

II

¡Porque una flor se secó
Decir tanto desatino!...
Cierto, no envidio el destino
Del poeta que deliró;
Y es empeño estrafalario
De nada hacer tal caudal:
Si es la flor medicinal,
Que la guarde un boticario.
Si más bien está guardada
Por recuerdo de su dueño,
Por ahora le llamo sueño,
Y un poco más tarde, NADA.
No se mortifique, usté,
Ni gima, ni desconfíe;
Mientras el campo las críe
Ha de haber quién flores dé.
¡Pobre poeta!... mejor
Que *jeremiar* tan sin fin
Fuera derecho a un jardín
A cortar cualquiera flor,
Y a los pies de usted muy vivo
Flor y corazón pusiera,

Reemplazando una quimera
Con algo positivo.
    Para esto no es menester
Ni poética ni oratoria,
Cualquier chico de memoria
Sabe bien lo que hay que hacer;
    Y en simple, entendible prosa,
Si tartamudo no fuere,
Sabe decir que se muere
Por los ojos de su hermosa;
    Y ella, amable y compasiva,
Con la amenaza se asusta,
Y pues de que viva gusta,
Lo ama y le manda que viva.
    Crea usted, niña que no peca,
Ni hace ningún disparate,
Trocando una rosa seca
Por un corazón que late.

Pueden los cielos querer
que el hielo polar se inflame,
pueden los astros caer...
pero nadie puede hacer
mi CECILIA que no te ame!
Con un ramo de flores

Colección
Lima Lee

